

REGNIGRORVM

LIBRO II: EXPOSICIÓN

— EL DESPERTAR DE LA DIOSA —

por Cklo Labella e Hidalga Erenas

CRÉDITOS Y OTRA INFORMACIÓN

RegNigrorvM | Libro II: Exposición
— El despertar de la Diosa —

©2021, Cklo Labella e Hidalgo Erenas

Primera edición:

octubre de 2021

Revisión de estilo:

Cklo Labella e Hidalgo Erenas

Maquetación y corrección ortotipográfica:

Hidalgo Erenas

Diseño, maquetación y fotomontaje* de portada:

Hidalgo Erenas

* las fotografías usadas están libres de derechos
y pertenecen a fondos de Unsplash y Pixabay

**Diseño de los distintos logotipos e isotipos
de Attannur, RegNigrorvM, símbolo de Mari:**

Hidalgo Erenas

Queda prohibida la reproducción total o parcial,
por cualquier medio o procedimiento, así como
el tratamiento, modificación, alquiler o cualquier
otra forma de cesión con ánimo de lucro, sin el
consentimiento y la autorización expresa de los
titulares de la propiedad intelectual de esta obra.

Para más información:

attannur.com

contacto@attannur.com

REGNIQRVM

LIBRO II: EXPOSICIÓN

— EL DESPERTAR
DE LA DIOSA —

por Cklo Labella e Hidalga Erenas

CAPÍTULOS DE MUESTRA
PROHIBIDA SU VENTA

primera edición, octubre 2021



Prefacio

Apreciado lector o lectora, estás ante la segunda parte de RegNigrorvm y, como su predecesora, aunque no se especifique, también se enmarca en la península ibérica a finales del siglo XV.

Del mismo modo, nada de lo que acontece en este libro debe tomarse con ningún rigor académico.

Así pues, durante la lectura, te recomendamos que no pienses en qué escenarios, personajes y/o sucesos están basados en cuestiones reales, y simplemente te dejes llevar por las aventuras aquí escritas.

Dicho esto, queremos creer que si has llegado hasta esta novela es porque has leído la anterior y te ha gustado, así que esperamos que esta la disfrutes del mismo modo —o más, si cabe— y que sea, por tanto, la continuación de un increíble viaje.

Cklo Labella e Hidalga Erenas

JUNIO DE 2021

REGNIGRORVM

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

DIARIO DE AMADÍS DE LA VEGA V.....	7
SENTENCIA DE MUERTE.....	12

*CAPÍTULOS DE MUESTRA
PROHIBIDA SU VENTA*

*«Después de esto miré,
y vi una puerta abierta en el cielo;
y la primera voz que yo oí,
como sonido de trompeta que hablaba conmigo,
dijo: sube aquí y te mostraré las cosas
que deben suceder después de estas».*

Apocalipsis 4:1

— DIARIO DE AMADÍS DE LA VEGA V —

*Mis últimas palabras, fecha desconocida
(finales de diciembre o quizá principios de enero)*

Me han cambiado de celda. Creo que es porque por fin van a ejecutarme.

Fue ayer o antes de ayer. ¿O ha sido esta madrugada? No lo sé. Llegaron un par de guardias, me maniataron y me condujeron por los pasadizos hasta esta nueva estancia. Es más estrecha y, en lugar de barrotes, tiene una pesada puerta de hierro que me aísla por completo. Por suerte, en lo alto de una de las paredes hay un ventanuco por el que entra un poco de luz azulada y cambiante. Diría que es la claridad de la mañana.

Antes de que se marcharan los carceleros, como último deseo, volví a pedirles papel y pluma.

Sé que nada de lo que escriba perdurará, pues antes pienso destruirlo todo. Aunque es probable que no haga falta. No estoy seguro de que lo que estoy escribiendo sea comprensible. Mi mano apenas responde. Mis palabras son garabatos inconexos y sin forma.

Al menos conservo mis pensamientos.
O eso creo.

Noto el aire frío.

Puede que sea mi cuerpo entumecido.

No, ya no noto el cuerpo. El dolor de las palizas ha dado paso a la insensibilidad.

Ya ni siquiera me interrogan. Simplemente, de forma rutinaria, vienen dos guardias, me retienen y me golpean por turnos hasta que pierdo el conocimiento. Diríase que lo hacen por mero placer.

Por esto mismo tampoco debo preocuparme de que lean estas páginas. Está claro que ya no soy nadie. No soy nada. Solo soy un despojo de piel magullada, músculos agarrotados y huesos resquebrajados. Un recuerdo de lo que fui.

¿Cómo acabé aquí?

Sospecho que todo empezó con esos asaltantes que me robaron mi salvoconducto y, con él, uno de ellos empezó a hacerse pasar por mí. Sí. Fue entonces cuando Galante me obligó a personarme en los dominios de Mataplana para resolver tal malentendido. Y allí, en Las Tierras del Nordeste, me detuvieron. Pero, ahora que caigo, no fue por lo del salvoconducto. No. De hecho, por lo que supe después, el pobre bandido

que usurpó mi identidad también acabó en un calabozo. Aunque quizá a él le aguarde mejor suerte que a mí.

¿Qué sucedió en Mataplana?

Apenas puedo recordarlo.

Una batalla entre nobles y campesinos.

Perros y gorrinos.

Monstruos surgiendo de entre las rocas.

El legendario e infame conde Arnau volando en su corcel negro, y peleándose con una joven bruja de pelo blanco.

¿Qué habrá sido de aquella muchacha?

¿Seguirá viva? No lo creo.

También había un ser hecho de narices, el cual, aunque grotesco de apariencia, parecía inofensivo. Incluso asustado. Y lo acompañaba una putrefacta cabeza parlante. Juraría que dejé a aquellos dos engendros al cuidado de mi carromato y de Ébano y Marfil, mis percherones.

¡¿En qué estaba pensando?!

No puede ser real.

¿Habré soñado todo esto?

Las pesadillas empiezan a confundirse con la verdad, y me enturbian la memoria.

Oigo los chillidos de las ratas.
Oigo cómo rascan las paredes.
Oigo cómo corretean por sus madrigueras.
Se me cierra la garganta con solo pensar en
esos bichos asquerosos y peludos.

No, ahora lo recuerdo mejor.
No acabé aquí por lo del salvoconducto.
Fue por el orbe dorado. Galante lo buscaba. Me
mandó a la misión de los lobishome en las
Montañas del Norte, en Abellu. Sí. El jefe de los
cazadores de monstruos tenía aquella gema en
su poder, ¡pero había pertenecido a Galante! Y
yo me la quedé. El simple hecho de mirarla me
causó una sensación extraña. Sí. Y por eso quise
estudiarla. Fue entonces, en la abadía de Belerroi,
cuando apareció ese anciano tuerto que era
como un fantasma. Me hizo ver cosas en esa
gema, cosas de una vida pasada en la que yo era
un salvaje nómada. Los pocos que quedábamos
de mi tribu nos adentrábamos en un templo
custodiado por una estatua gigantesca, una Diosa
cuyos ojos eran dos orbes. Uno, el dorado; el
otro, su gemelo azulado.

Ese anciano me dijo que el fin del mundo
conocido estaba cerca. Habló de una profecía
sobre un nuevo mundo capaz de sustituir nuestra

realidad. A ese mundo lo llamó RegNigrorvm. Me explicó que los dos orbes, junto a siete sellos mágicos, permitían abrir las puertas del tal RegNigrorvm.

Y aseguró que yo podía y debía evitarlo.

¿Cómo voy a poder evitarlo, si he acabado encerrado y condenado a muerte? ¿¡Cómo!?

Escucho pasos. Seguro que son los carceleros que ya vienen a por mí.

Estas son, pues, mis últimas palabras:

Sé que en cada cultura, lugar y época, se ha adorado a un dios distinto. En ocasiones, incluso a varios a la vez. Así que no puedo asegurar cuál es el verdadero, si es que hay uno. Pero, si es cierto que se avecina el Apocalipsis, solo pido una nueva oportunidad para evitarlo. A cambio, si lo consigo, prometo buscar el camino de la paz alejándome de todo tipo de violencia. Y si eso no sucede, espero poder encontrarme en el Infierno con quienes han conseguido que acabe mis días aquí.

— SENTENCIA DE MUERTE —

— **S**e hace saber que, gracias a Dios Todopoderoso, hoy ocho de enero, el mundo quedará libre de la presencia del Innombrable, encarnado en la persona de don Amadís de la Vega, cazador de demonios al servicio de la Santísima Madre Iglesia. Se le acusa de: intento de magnicidio contra el ilustre barón de Asperguell; protección de una adoradora de Satanás; traición por desobediencia a su superior Su Eminencia el Cardenal Felipe de Galante; y, por último, uso de armas no contempladas por las leyes vigentes. Por todo ello, ahora y aquí, en el Alcázar de la Expiación, ¡se le condena a la pena máxima por decapitación!

Y, cuando el pregonero enrolló el pergamino y bajó del cadalso, el condenado oyó aplausos.

«¿Quiénes celebran mi muerte?» se preguntó, aturdido.

Y es que tenía los ojos abiertos, pero no podía ver.

Antes de arrastrarlo hasta el patíbulo, sus carceleros le habían atado un saco alrededor del cuello. La cuerda, gruesa y áspera, le hundía la

nuez y no podía tragar. Quizá por eso sentía las comisuras de la boca pastosas y húmedas. Aunque eso no explicaba el sabor amargo, muy amargo, de... ¿de qué? ¿Qué tipo de suciedad tenía el trapo que le habían metido en la boca?

Pero eso no era lo peor. Oh, no. Lo peor era el aire —pesado y caliente y maloliente— que había quedado atrapado ahí dentro. Pegado al cráneo, pegado a la nariz. No, no es aire, se corrigió. Se estaba respirando a sí mismo.

En cuanto lo maniataron empezó a revolverse, pero solo consiguió que lo apaleasen y se riesen de él. ¡Y se había sentido tan humillado de demostrar cuán impotente estaba!

Ahora, alguien le hincaba la cabeza en la picota. A pesar del frío que le acuchillaba el cuerpo, rompió a sudar.

«¡Dejad de aplaudir!» quiso gritar. «¡Os estáis equivocando! ¡Yo no he hecho nada malo!».

Por toda respuesta, unos cuervos graznaron a los lejos.

Desde el estrado que presidía la ejecución, el cardenal Felipe de Galante observaba el cadalso con rostro hierático. A diferencia de él, los dos altos cargos del clero que lo acompañaban no hacían más que sonreír. Satisfechos. Aliviados. Siempre habían temido a Amadís y sus extrañas

armas, pues, aunque el cazademonios siempre estaba de viaje, ¿quién sabía qué podría hacerles con ellas, si el cardenal lo llamaba a su lado y le pedía «protección»?

Poco a poco, los nobles que se arremolinaban alrededor del estrado dejaron de aplaudir. Galante miró de reojo aquel mar de capas de piel, manos enjovadas y mejillas sonrosadas. Se trataba de la familia, amigos y aspirantes a amigos del agraviado barón de Asperguell, quien había sido herido por Amadís durante La Batalla del Nordeste. Como compensación, la Iglesia le había otorgado el título de conde de Mataplana, y ahora todos esos carroñeros querían su favor. Por eso habían exigido estar allí, presentes.

Galante volvió a mirar hacia el cadalso. El verdugo no tardaría en aparecer.

Mientras tanto, algo había empezado a suceder en los calabozos del Alcázar de la Expiación.

Se decía que eran los más seguros y atestados de todo el reino porque solo había una forma de salir de allí: con una sentencia de muerte. Eso se debía a que las celdas estaban construidas bajo tierra; la falta de luz y el aire estancado arrancaban

toda cordura a los presos al poco de encerrarlos, incapacitándolos para cualquier intento de fuga.

Quizá fue por eso que, salvo las ratas, nadie advirtió la llegada de las sombras.

Sombras muy extrañas, de varias formas y tamaños, que se deslizaban —ahora lentas, ahora rápidas— por los recovecos, que se agazapaban, que se hacían señas entre ellas. Si los presos hubiesen prestado atención, habrían visto cómo varias de ellas dejaban tras de sí un rastro de cuerdas muy largas. Y, si se hubiesen asomado entre los barrotes, habrían visto cómo abrían un agujero junto al portón de salida para que las cuerdas continuasen extendiéndose hacia el exterior.

Alrededor del estrado, los nobles se tomaban del brazo entre sí y señalaban a Galante con la barbilla.

—Dicen... —cuchicheaban algunos tras sus bufandas—, que Su Eminencia adoptó a Amadís de la Vega cuando este era solo un niño. ¿Podéis creerlo? ¡Un huérfano! ¡A saber de qué tipo de calaña provenía! ¿Por qué lo haría?

—Oí una vez que don Amadís usa la mano izquierda —murmuraban otros, arreglándose las capas—. ¡Claro que ha resultado ser un criminal!

—¡Tonterías! —aseveraban las damas—. Todo esto ha sido culpa del cardenal. A fin de

cuentas, ¡fue él quien le financió esos viajes a Dios sabe adónde y le permitió juntarse con Dios sabe quién!

Algunos asintieron, otros negaron. Y, cuando parecía que el debate subía de tono, callaron: un monje pelirrojo, escuálido y alto se acercó a Galante e, inclinándose hacia él, le susurró algo. Los nobles empezaron a darse codazos, la expresión maliciosa.

—¿Quién es ese? —preguntó una señora.

—No lo sé —le respondió el hombre que tenía al lado.

—Tengo entendido que se llama Malaquías —intervino otro—, y es su consejero, o algo así.

El monje ayudó al cardenal a levantarse.

—Discúlpenme vuestras mercedes —oyeron a Galante, quien pudo sentir cómo decenas de ojillos aviesos se clavaban en él—, como comprenderán, aunque deseo más que nadie que Amadís sea ajusticiado, como ahijado y pupilo mío que ha sido no puedo presenciarlo, así que voy a ausentarme. Disfruten de la jornada.

Entre la familia Asperguell aumentaron los cuchicheos mientras Galante y Malaquías se marchaban.

En el cadalso, el condenado sentía cómo el sudor empezaba a entrarle en los ojos. Apretó fuerte los párpados, pero solo logró que le escocieran más.

De repente, otro coro de aplausos. Se estremeció: sabía cuál era el motivo de tanto entusiasmo.

—¡El verdugo ya está aquí!

El preso se encogió, pero no llegó ningún golpe o empujón. En vez de eso, el verdugo le agarró la capucha y empezó a moverle la cabeza arriba y abajo.

Entonces, una voz resonó en su cabeza:

«La gente cree que así se calcula el golpe de gracia: midiendo el cuello. Les daré un poco de espectáculo, pero tú no te preocupes. Todo esto acabará en un santiamén».

El condenado dio un respingo. Aquella voz... ¡La conocía!

Mientras el reo ahogaba un sollozo de incredulidad, alguien entraba en los calabozos.

Al verlo, las sombras dejaron las cuerdas y corrieron a esconderse en los rincones más oscuros. A su vez, los presos se abrazaron los cuerpos grisáceos y esqueléticos, se acurrucaron contra las paredes mugrientas, gimieron. Salvo las pocas

ocasiones en las que recibían pan duro y agua sucia, siempre que alguien entraba allí era para golpearlos, amenazarlos o llevarse a alguno al patíbulo. ¿Cuál no sería su sorpresa, pues, al ver a un monje pelirrojo con una antorcha, un manajo de llaves y una bendición para todos?

Cuando Malaquías llegó a la celda más alejada, la única custodiada por una pesada puerta de hierro, sostuvo la antorcha con una mano, con la otra rebuscó en el manajo de llaves, eligió una, entreabrió un poco y se asomó. Y, con una sonrisa que más parecía una mueca, mostrando sus dientes ennegrecidos, observó al preso que yacía encogido sobre un montón de heno podrido y le recitó:

—Dios enjugará toda lágrima de tus ojos, y la muerte no será más, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas ya han pasado.

Entonces abrió la puerta del todo. El chirrido fue ensordecedor. Tanto que atrajo a las sombras. Muy juntas, titubeantes, se acercaron un poco a la celda. Curiosas. Expectantes. Tras debatir entre ellas, resolvieron entrar tras el monje sin hacer ruido.

Al sentir que ya no estaba solo, el preso se cubrió la cabeza con los brazos en un gesto instintivo de protección.

Malaquías le acarició el hombro mientras le murmuraba al oído:

—Y los demonios le rogaron, diciendo: si nos expulsas, permítenos marchar con los cerdos —se volvió hacia las sombras y añadió—: ¡He aquí el hombre! Marchad, y en adelante no pequéis más.

Por unos instantes, solo se oyó al preso resollando. Luego, un débil gorgoteo. Y, después, un sonido difícil de definir.

—¿Ñííí?

En el cadalso, el condenado aguardaba el momento final. Apenas podía respirar. Oyó un redoble de tambores. Se encogió. Y, entonces...

—¡Mirad! ¡El verdugo es una muchacha!

—¡Y bajo la capa está... desnuda! ¡Y su cuerpo está lleno de dibujos!

—¡Su pelo y sus ojos son blancos! ¿Cómo es posible?

—¿Pero qué despropósito es este? ¿Quién es?

Entonces, el condenado fue puesto en pie de un tirón. Y, mientras era sujetado por un brazo firme, la voz que antes oyera en su cabeza se elevó hacia el cielo.

—¿Que quién soy, os preguntáis? ¡Ja! Soy el monstruo que nunca encontrasteis bajo vuestras

camas. Soy el asaltante que nunca os intimidó en los sombríos callejones. Soy la miseria que nunca ha vaciado vuestros platos. ¡Soy el miedo y el dolor que la gentuza de bien como vosotros ni siquiera sabe que existe! Pero hoy me conoceréis en todo mi esplendor, ¡pues yo soy la gran bruja Lithbel, y he venido a cumplir vuestra sentencia de muerte!

En el estrado, sus eminencias se habían puesto en pie, boquiabiertos. Pero no tuvieron tiempo de llamar a los guardias, ya que una visión infernal los dejó sin habla. ¿Qué eran aquellas criaturas horrendas? ¿Salían de los calabozos! Ojos viscosos que se deslizaban sobre pestañas larguísimas, una pelota de labios que soplabla para rodar por el suelo, ¿y aquello que daba saltos era un gigantesco miembro viril?

Todos esos seres portaban largas cuerdas. Uno de los extremos desaparecía en el interior de los calabozos; el otro estaba atado a saquitos. ¿Qué contenían? ¿Y por qué las criaturas los iban repartiendo —a toda prisa, como con miedo— aquí y allá? Los dejaban entre los hierbajos del patio, a ras de los muros, entre los guijarros, ¡incluso cerca de los estupefactos nobles!

Cuando hubieron terminado, los engendros se apresuraron hacia uno de los muros del

Alcázar. Empezaron a treparlo aquellos que contaban con algún apéndice, a deslizarse hacia arriba los que baboseaban, a saltarlo los más ligeros. Una gigantesca lengua se asomó desde el exterior y, permitiendo a los más torpes que se subieran a su punta rosada, los ayudó a salir junto a los demás.

—¡Atrás! ¡Atrás! —exclamaron sus eminencias cuando un ser hecho de narices se acercó al estrado. Enrojecido, con todas las aletas nasales dilatadas, este les mostró una manita: en ella llevaba una gran cuerda de la que salían todas las demás. Les mostró la otra manita: en ella portaba una antorcha.

—Ñí ñí... Níííí —explicó el ser.

Y prendió fuego a la cuerda.

Sissssssss se oyó, y la llama empezó a chisporrotear y a correr hacia las demás cuerdas, dividiéndose y extendiéndose hacia los saquitos.

La criatura huyó a todo correr.

En el cadalso, la bruja se apartó con un manotazo su larga capa negra, y dos enormes alas metálicas se desplegaron a sus espaldas. Lo último que vieron los presentes fue cómo apretaba al condenado contra ella y, con una gran ri-

sotada, daba un salto inhumano para alzar el vuelo.

Nadie supo qué fue primero, si el fognazo o el trueno.

Aquello se recordaría durante generaciones, y se juraría y perjuraría que los pedazos de la fortaleza volaron por toda la comarca. Piedras de las murallas, maderas de los edificios, tejas de las cúpulas. Y, junto a todo esto, los huesos, miembros y vísceras de nobles y sacerdotes. Para los cuervos fue un festín de joyas y de carroña.

Los bosques que rodeaban el Alcázar de la Expiación temblaron y se tiñeron de gris bajo la polvareda de la explosión. Una lluvia de piedras acribilló varios árboles, derribando a los más débiles. Y también cayeron algunas gotas de sangre, o eso creyó Cuellipartido.

Desde su lugar habitual en el carromato de Amadís —clavado en un palo del pescante, sujetando un candil entre los dientes—, la cabeza parlante calmó como pudo a Ébano y a Marfil, los dos fieles percherones del cazademonios. Pero su atención estaba centrada en su alrededor. ¿Por dónde aparecería Lithbel? Porque apa-

recería, ¿verdad? ¡La explosión había sonado tan fuerte!

Esperó.

Y esperó un poco más.

Y otro poco.

Y...

—¡Fonfefa, eftáif vfivfa! —exclamó al fin.

En efecto: dos figuras polvorientas y magulladas aparecieron entre los árboles. El condenado, apenas consciente, colgaba del cuello de su salvadora. Y esta, jadeando, avanzaba con dificultad bajo el peso de su protegido y el de las alas metálicas, que ahora arrastraba tras de sí, rotas y retorcidas.

Cuellipartido escupió el candil y añadió:

—¡Qué alegría, condesa!

—¿Qué te he dicho del candil? —lo recriminó Lithbel—. ¡Que lo llesve siempre en la boca!

—Pero, condesa, es de día, no hace falta el candil, y si lo llevo en la boca no puedo hablar.

—¡De eso se trata!

Al oír la conversación, decenas de monstruitos salieron del carromato correteando, rodando, arrastrándose y brincando. Todos chillaban, gorgoteaban y, los que tenían extremidades, bailaban: ¡el plan había sido un éxito!

Ignorándolos, Lithbel se liberó tanto del hombre como de las alas rotas. A estas últimas

les propinó una patada. ¡Menuda porquería de invento! se dijo. Desde luego, no eran el mejor juguete de Amadís. Y es que, en el último momento, había tenido que usar su magia para poder planear con ellas a la velocidad y altura adecuadas con tal de escapar sin sufrir daños.

Aún jadeando, se apartó el pelo enredado de la cara y ahogó un grito. ¡Un largo mechón plateado se le había quedado atrapado entre los dedos! Se palpó la cabeza, furiosa. Furia que se convirtió en miedo cuando se le cayó otro mechón.

—¡No! —y blasfemó. ¿Tan mal había quedado tras La Batalla del Nordeste, que no podía usar ni siquiera una cantidad ridícula de magia?

—Condesa... —titubeó Cuellipartido—, ¿a quién habéis traído con vos?

—¿A quién va a ser, idiota? —bufó la bruja. Y soltó las cuerdas que sujetaban la capucha. Empezó a deslizarla hacia arriba con cuidado. Primero descubrió una barba sucia y enmarañada. Luego unas mejillas hundidas. Y después exclamó—: ¿¡Qué demonios!?! ¡Tú no eres Amadís de la Vega!

La bruja cogió por los hombros al desconocido. Este escupió el trapo sucio que llevaba en la boca y gimió:

—¡Lithbel! ¡No... no me hagas daño!

—¿Nos conocemos? —la bruja se lo quedó mirando.

—Somos amigos, ¿recuerdas? —el desconocido temblaba—. Tu-tu-tuvimos un-un trato... para capturar al-al diabólico conde Arnau...

Y el tipo se meó encima. Aquello trajo un recuerdo a la joven, quien abrió mucho los ojos.

—¡Tú! ¡Tú eres Nicolás! ¡El embaucador que llevé al Nordeste! —Lithbel empezó a zarandearlo—. ¿Dónde está Amadís de la Vega? ¡Contesta, perro!

—Condesa —la interrumpió Cuellipartido—, don Amadís está en el carromato, descansando.

Al oír aquello, la bruja paró en seco y se volvió hacia la cabeza parlante.

—¿Qué has dicho?

—Eh..., pues eso... —Cuellipartido se arrugó—, que, mientras algunas criaturas de Mataplana preparaban los explosivos, otras se lo encontraron en los calabozos y lo trajeron aquí... ¡Creí que las habíais mandado vos misma! ¡Por eso antes he preguntado que a quién habíais traído!

Lithbel hizo una mueca, pensativa. ¿Qué hacía Nicolás en el cadalso a punto de ser ejecutado en nombre de Amadís? ¿Y cómo es que los monstruitos habían sido capaces de sacar al zadamonios del Alcázar? ¿No se suponía que era

un lugar tan seguro? Había pasado algo raro y no le gustaba. Pero no podían quedarse allí más rato. Se incorporó y, al fin, masculó:

—Aquí ya no tenemos nada que hacer. Larguémonos.

Sintió entonces un tirón en la capa.

Bajó la vista.

—¿Y yo? —lloriqueó Nicolás— ¿Yo qué?

Como secundando la pregunta, varios cuervos aparecieron entre los árboles, graznando. Algunos se posaron sobre el carromato, otros sobre la hierba; todos los picos vueltos hacia el falso Amadís y la bruja. Callados. Atentos. El cerco que dibujaron alrededor de ambos fue perfecto.

—Tranquilo —dijo Lithbel—, no me olvido de ti.

Y, llevándose una mano al cinturón que siempre pendía de sus caderas, sacó un pequeño puñal con las siglas NG grabadas en el mango.

—¡Mi puñal! —exclamó ilusionado el preso—. ¡Esas son mis iniciales: Nicolás Gaumata!

—Sí. Es un puñal de primera.

—¿Vas a llevarme contigo? ¡Pero no volvamos a Mataplana! ¡Ese castillo es cosa de Satán! ¡Es...!

—Tranquilo. Vas a ir a un lugar mejor.

—¿Sí? ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gra-!

Y, antes de que el impostor pudiera agradecer por tercera vez, la bruja lo degolló con su propio puñal.

FIN

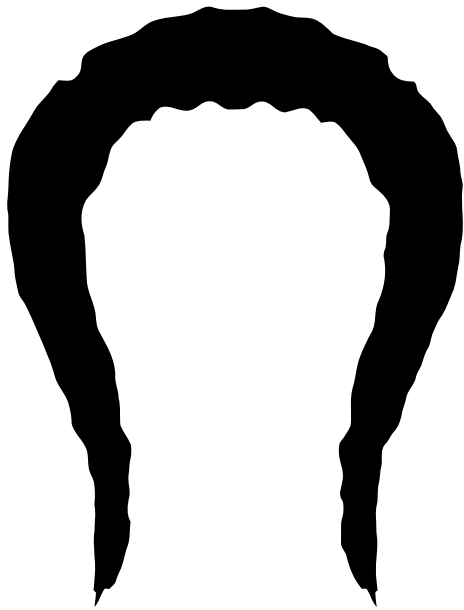
**DE LOS CAPÍTULO
DE MUESTRA**

* * * * *

Apreciado lector o lectora, si te ha gustado lo que has leído, puedes adquirir esta novela, tanto en papel como en digital, a través de [Amazon](#).

Si deseas un ejemplar dedicado, envíanos un mensaje a contacto@attannur.com y te informaremos.

* * * * *



Biografías

*A **Cklo Labella** le interesan la simbología y la psicología, el folclore y los mitos. Explorar esos esquemas ocultos que, cree, rigen el Universo.*

Ha sido mimo, partenaire de mago y cómplice de asesinos en serie... ¡C'est la Vie de Bohème!

Estudió pintura con profesores ciegos. Y ahora sufre una acusada coreomanía que le descubre, día a día, que La Vida no es nada de lo que venden como tal.

Se ha dedicado a lo primero; sigue en lo segundo. Con Attannur retoma su etapa como narradora.

*En la actualidad, **Hidalga Erenas** vive y sobrevive recluido en una apartada cueva en la que se dedica a transmutar sus pensamientos en palabras, sonidos, dibujos y otros elementos materiales e inmateriales, físicos y metafísicos, con el objetivo de conseguir la fórmula mágica que le permita fusionarse con sus monstruos interiores, para así renacer convertido en un ser cósmico, incorpóreo y atemporal.*

Sabe que es una ardua tarea.

Pero también sabe que, si no lo consigue, al menos tendrá la conciencia tranquila por haberlo intentado.

АТТАННУР